

MARIA MAGDALENA

Mojado por las lágrimas el seno
presentóse la bella pecadora,
con sus ojos de ensueño, encantadora,
con sus labios de miel y de veneno.

Y aquel lirio de Sion, de aromas lleno,
nacido en los jardines de la aurora,
inclinó la cabeza soñadora
ante el dulce y sublime Nazareno.

Y ungió los pies de Cristo, la ramera,
con sus lágrimas. . . Luego, humildemente,
secólos con su hermosa cabellera.

Y el santo de Salem alzó la frente
y dijo con faz dulce y suave tono:
“¡Levántate, mujer: Yo te perdono!”. (36).

Rogelio Fernández está en Madrid este año de gracia de 1905, durante el cual, con grandes homenajes, se celebra el tercer centenario de la publicación del Quijote y con ese motivo escribe “La musa americana”, composición que lee en el Paraninfo de la Universidad de Madrid en el homenaje a Cervantes. Es su tributo al genial escritor y a España, por lo que el poema termina con estos versos:

¡Gloria, gloria a Cervantes en la tierra,
y en el mar y en los cielos, gloria a España!. (37).

La noche de la fiesta a Cervantes que organiza el Círculo de Ciegos de Madrid, improvisa en el Teatro Martín, de la capital española, un soneto que titula “Desde mi butaca”, que comienza con esta sugestiva estrofa:

Ciegos los ojos a la luz del día,
nublado el corazón por triste velo,
vais tropezando por el agrio suelo
de esta larga y fatigosa vía. (38).

Influido por Espronceda, nuestro autor escribe con gran dominio de la técnica del poeta español, algunos poemas entre los que sobresale “Un delirio de Espronceda”, donde imita su estilo a la perfección, en forma franca y deliberada.

De esta primera época es también el poema pastoril "El Idilio", a imitación de los versos de Crisóstomo a la pastora Marcela, que su admirado don Miguel de Cervantes, inmortalizara en las páginas del Quijote. Es ésta, una de las pocas poesías amorosas que escribió, inspirada en una estrofa, que visitando un cementerio, un día lee sobre una modesta sepultura, y que dice: "No llores alma mía, que volveré mañana".

En este Madrid de principios de siglo, el joven Fernández Güell conoce y trata a grandes escritores y poetas hispanoamericanos, en cenáculos y cafetines, y es de suponer que alterna con la bohemia de la capital española.

En este mismo año, 1905, tiene lugar su inolvidable encuentro con el Príncipe de las Letras Castellanas, Rubén Darío. Rogelio Fernández cuenta sus impresiones de esa grata noche con estas palabras:

"Cuando entramos José Santos Chocano, Francisco Villaespesa y este humilde admirador de tan ilustres ingenios, al cafetín situado en la vecindad del Teatro Eslava, estaba el príncipe Darío en compañía de Jacinto Benavente y de un enjambre de escritorillos que formaban el séquito obligado de los dos célebres literatos.

El autor de "Alma América" estrechó la mano de Darío y me presentó a él. Confieso que la impresión que me produjo el divino poeta, fue muy distinta de la que yo esperaba. El hombre que tenía delante no era un bardo quejumbroso, melenudo y soñador como mi amigo Villaespesa, en cuyas venas ardía la sangre de los Abencerrajes, ni bajito, ni pálido y enteco, como el gran dramaturgo, émulo de Shakespeare, que más tarde produjo esa obra colosal que se llama "Los intereses creados", sino un buen burgués gordo, ancho de espaldas, algo barrigón, muy moreno, ancho de rostro y de sonrisa franca, vestido con cierta elegancia, si bien no con distinción, y con el chaleco cruzado por una gruesa cadena de oro, al estilo antiguo. Tenía delante un gran vaso de cerveza, que paladeaba con fruición y en sus palabras y gestos revelábase más el carácter de un adinerado comerciante o de un procurador de justicia enriquecido por una vasta clientela, que el autor de las composiciones románticas que, al remozar la poesía castellana desterraron el verso gramatical y tirado a cordel de Lista y Quintana y la prosa desobrida de los culteranos. . ."

"Conversamos de Costa Rica, de su Gobierno, de sus instituciones, de la índole pacífica y laboriosa del pueblo, de Aquileo Echeverría y de Jorge Castro Fernández, su mejor amigo, cuyos huesos acaban de ser trasladados a San José.

Recordó luego su discurso en Alajuela al pie del monumento del Erizo y me preguntó por sus viejos y no olvidados amigos. Pude admirar la serenidad de su mente, la exactitud de sus juicios y la claridad de su memoria. No recitó un sólo verso en toda la velada. Me pareció grave y discreto. . .” (39).

No volverá a ver al bardo nicaragüense, pero aquella velada la recordará siempre. A Santos Chocano lo había conocido en Costa Rica, cuando llegó el poeta peruano a fines de abril de 1901, y llevado de su entusiasmo hasta le había dedicado una poesía que publicó “El Tiempo.” (40).

Al año siguiente, en 1906, en Barcelona, escribe el poema “Al Conde León Tolstoy”. Es indudable que siente ferviente admiración por el famoso escritor ruso, quien ya por esta época se había dedicado a los estudios místicos que se reflejan en sus últimas novelas. Esta afinidad de inquietudes lo llevará a profundizar en el conocimiento de la filosofía espiritualista, afición que lo acompañará hasta el final de su existencia.

Enorme viejo triste, solitario Profeta,
hijo de la gran patria que agobia un duelo eterno,
he oído tus parábolas oscuras de poeta,
vibrar, bajo la lluvia de lirios del invierno.

Tu árido rostro bíblico es montaraz y rudo,
pero tu alma, es tan dulce como el alma de un niño
y cual Jesús el lago, cruzas, el pie desnudo,
por la estepa dejando una huella de armiño.

El “mujik” que interroga el oscuro horizonte,
en el desierto campo que con su arado labra,
ve volar de tus labios, cual una flor del monte,
la mística libélula de oro de tu palabra.

La palabra que anuncia, divina y soñadora,
al rebaño que sufre infinitos dolores,
el reinado ilusorio de la Paz —esa aurora—
llena de trinos y auras y perfumes y flores.

Pero tu blanca Biblia es libro de quimera
nunca verás triunfante tu lírico deseo;
tus flores de evangelio — sólo una primavera
tuvieron en el alma del triste Galileo. . . (fragmento)

En Barcelona, en 1906, termina otro de los poemas que gozaron en su tiempo de gran popularidad:

EL AMA DE CRIA

¡Mujer, te compadezco! Allá en la Aldea
dejaste en pecho extraño a la criatura
y aquí amamantas, con servil ternura,
al tierno infante que tu miel recrea.

Llora hambriento, quizás, y gimotea
el pequeño a quien robas sin ventura,
en tanto que, con rica vestidura,
harta y mimada tu impiedad pasea.

Mas no sé a quien juzgar con más dureza
si a la bestia de cría codiciosa
que abandona a su hija por dinero,

o a la madre que entrega, temerosa
de perder la hermosura, o por pereza,
a un cariño pagado su lucero.

Escribe otros versos, durante estos años en España, no ya románticos, sino filosóficos, que son publicados en las revistas espiritistas españolas, "Los Albores de la Verdad" y "Luz y Unión" (43).

Salvo felices momentos, su poesía no alcanza la excelencia de su prosa. Algunos de sus versos gozaron de una relativa popularidad en su tiempo, pero no resisten un fuerte análisis más de medio siglo después.

Rogelio Fernández Güell escribió versos en el estilo de su época, más por una imperiosa necesidad de su espíritu delicado y romántico de exteriorizar sus sensaciones en una forma estética, que por sentir que ese era su oficio. De allí que nunca se preocupara seriamente de recoger y editar sus poesías, como lo hizo con la prosa. Su poesía es una manifestación de su alma de artista, y más que poeta de composiciones lo fue de su vida, que vivió poética, romántica y apasionadamente.

Pero en España sucede otro hecho que será determinante en su vida. Al llegar por primera vez a Barcelona, con su primo, a la casa paterna de los Soley, conoce a una joven, prima política suya, Rosa Serratacó Soley, que le impresiona

profundamente y por la que muy pronto sentirá todo el amor de que es capaz su corazón de poeta, porque

Nadie puede vivir en compañía
tan sólo del silencio en la montaña
y el dolor se convierte en alegría
cuando nos hiere la persona amada. . . (44)

Ese es el motivo de sus frecuentes viajes de Madrid a Barcelona: el poeta ha descubierto uno de los misterios más dulces de la vida: el amor, y el 15 de setiembre de 1906 desposa a Rosa; pero como ha existido fuerte oposición a ese matrimonio por parte de la familia, deja a su querida Cataluña y se embarca hacia México con su esposa, a fines del mismo año.

Se aleja de la tierra de sus antepasados hacia el Nuevo Mundo, por la misma ruta que siglos antes siguieran Cortés y otros grandes capitanes. ¿Por qué no regresó a su patria? Hay algo de azaroso en este nuevo viaje, porque su alma es aventurera y nó echa raíces profundas en ningún solar. De nuevo el poeta es un peregrino, pero la compañía de la mujer amada le da renovados bríos para afrontar la nueva incógnita que se abre ante su vida, y juntos cruzan el océano y llegan a tierras mexicanas, donde Rogelio Fernández Güell vivirá otro capítulo de su novelesca vida.

Capítulo V

OTROS CAMINOS: NUEVOS HORIZONTES. . .

Al llegar a México, Rogelio Fernández Güell conoce al Ministro de Relaciones Exteriores, Licenciado Ignacio Mariscal, con quien pronto lo une una sincera amistad que nace al calor de la identidad de ideas filosóficas que profesan ambos hombres. El alto funcionario del Gobierno Mexicano brinda su apoyo al joven literato, colocándolo primero en el Observatorio Astronómico de México y nombrándolo, tiempo después, Cónsul de ese país en Baltimore, Maryland, Estados Unidos, el 5 de noviembre de 1907. (45).

Pero antes de abandonar el suelo mexicano, Rogelio Fernández deja su rastro de filósofo y poeta en la revista espiritista "El Siglo Espírita", que es el órgano oficial de la Junta Central Permanente del Primer Congreso Espírita de la República Mexicana, a la cual se ha afiliado, ya que desde muy joven ha sido un ferviente creyente de esa corriente filosófica tan en boga en su tiempo.

Su primera colaboración para la revista es de setiembre de 1906 cuando publica el poema "La Vida Eterna", inspirado en la lectura de Víctor Hugo —el eximio poeta francés que lo seguirá influyendo en toda su producción poético-filosófica—, y en diciembre de ese mismo año, con motivo de la muerte de un compañero de ideas, escribe la poesía espiritualista: "A Felipe Senillosa". En el poema está presente su creencia en la inmortalidad del alma, porque para el filósofo-poeta la vida terrenal es solo un paso, una etapa de la vida eterna. La muerte es nada más que el rompimiento de los lazos que unen la materia con el alma, que luego se remonta en el espacio en busca de mundos superiores. El alma vuela de astro en astro, hacia esferas más luminosas; pero la muer-

te, esa transición hacia una vida más perfecta, siempre será motivo para que el artista escriba inspiradas páginas.

La poesía termina con estos versos:

No he venido con ánimo sombrío,
Felipe, a derramar en mi tristeza
lágrimas, ¡ay! sobre tu cuerpo frío,
ni a cubrir de cenizas mi cabeza;
que el llanto ante la muerte es llanto impío,
engendro del temor o la flaqueza;
que es la muerte la gran libertadora:
y ante ella sólo la ignorancia llora. (46).

En marzo de 1907 publica otra composición filosófica: "Gritos de Angustia", donde exclama: "Si el alma no es eterna, Dios no existe", para agregar luego:

¡Y si Dios no existiera! . . . ¿de qué fuente
manaría la hermosa inteligencia?
De qué labio un torrente
brotaría de amor, virtud y ciencia,
en un mundo entregado a la inconciencia?

El mundo, que sería? Un torbellino
de átomos girando sin concierto,
y el hombre un peregrino
buscando, entre las sombras del camino,
al mudo autor de un Universo muerto.

Este es y será su credo. Por sobre las doctrinas que profese, fundamentalmente es un hombre que cree en la inmortalidad del alma y en la existencia de un ser supremo que rige todo el universo.

* * *

En 1907 parte para Estados Unidos a hacerse cargo del Consulado de México en Baltimore, Maryland, y en esa ciudad nace, al año siguiente su primer hijo, Juan Rogelio.

Ejerce el cargo de Cónsul mexicano por más de tres años. La posición diplomática le permite dedicar buena parte de su tiempo al estudio de sus aficiones espiritistas y de masonería, y a escribir su gran obra "Psiquis sin Velo", de la que hablaremos más adelante; pero una nueva ley mexicana le exige la adopción de la nacionalidad mexicana para poder continuar desempeñando el cargo. Aunque Fernández Güell ha llegado a querer a México como a su segunda patria, se nie-

ga a renunciar de su nacionalidad costarricense. En esa oportunidad escribe a don Tomás Soley Güell:

“Con gusto aceptaría la nacionalidad mexicana, porque pienso que un latino americano está en su propio país en cualquiera de las Repúblicas del Mundo de Colón y porque México es para mí tan querida como aquella en que ví la luz; pero no me avengo a renunciar de mi nacionalidad por conservar una posición. Si esa renuncia me fuera pedida porque así lo requiriere la salud, el bienestar o la prosperidad de México, en el acto me hubiera sentido mejicano. . . (47)

Idealismo. Quijotismo. ¡Bendito quijotismo!, exclamamos con don Tomás, de un hombre de principios y profundas convicciones. Fernández Güell una vez más prepara sus maletas y vuelve a territorio mejicano, donde vivirá uno de los pasajes más intensos y dramáticos de su vida, siempre con la misma pasión y fe que ponía en todos sus actos. Llega a México en abril de 1911, a tiempo de asistir al desenlace de la revolución mexicana, a la que ha mirado de lejos como simple espectador; pero que ahora vivirá activamente. No podía esperarse menos de su carácter. Ha seguido de cerca a la revolución, con interés, pero confiesa que jamás le dio importancia al movimiento maderista, participando del error general de atribuirle al Presidente Porfirio Díaz un poder casi invencible.

No conoce personalmente al líder de la revolución, pero sabe que es masón como él. Se admira que no lo conociera durante sus estancias en México en 1907 y 1908, y que no llegaran a encontrarse en alguna de las asambleas de la sociedad espiritual a que ambos pertenecen. Hasta en una oportunidad Madero lo mandó a felicitar con motivo de una conferencia que ofreciera y que más tarde circuló impresa. Y se pregunta el idealista, cómo puede ser Madero el adalid de un movimiento armado, si profesa como él un credo filosófico que les impone como principio fundamental el amor a la humanidad. La rebelión de don Francisco le parece un atentado contra la doctrina que practican y una claudicación imperdonable en uno de los paladines del pacifismo, como considera a Madero.

Pero la tragedia de la casa de Serdán, donde perece heroicamente toda una familia —dice— me reveló el abis-

mo. "El infierno abrió su boca y por esa abertura pude contemplar un mundo de miseria y desesperación". (48).

Entonces, ya en México, se traza el plan de dirigirse al caudillo y disuadirlo de su actitud bélica. Nuevamente está presente el idealista, pero agrega el escritor tiempo después: "presunción inaudita, que revela cuan poco conocía yo del carácter de la Revolución Mexicana". (49).

Habla con el Licenciado Francisco de la Barra, Embajador en Washington del gobierno mexicano, a quien conoce y considera como uno de los hombres más probos y capaces de la Administración. De la Barra aprueba el plan y le entrega un salvoconducto con el cual Fernández Güell puede atravesar las líneas federales. Lleva también una carta de la Sociedad, a que ambos pertenecen, que contiene un saludo y un llamamiento de sus compañeros a la paz. Con esos documentos se dirige Rogelio Fernández en una singular misión de paz en aquellos días tumultuosos, a Ciudad Juárez, en busca de don Francisco I. Madero, a fines de abril de 1911.

El cronista de la gran revolución mexicana.

En la gran crónica que sobre la revolución mexicana escribió Fernández Güell, esta parte autobiográfica está plenamente lograda. El narrador aparece por primera y única vez en el libro contando pasajes de su vida. Y logra de paso darnos, con su admirable pluma, una pintura de fuertes colores sobre la familia Madero, el caudillo y el momento político que vivía la revolución:

"Llegué a El Paso el 26 de abril por la vía del Southern Pacific, y me apeé en el Hotel Sheldon, donde estaba alojada la familia Madero. Esa misma noche tuve una corta entrevista con Gustavo, quien me recibió con la afabilidad y llaneza que le eran peculiares, y al día siguiente fui presentado por él mismo a su señor padre don Francisco Madero, a su señora madre doña Mercedes, a sus jóvenes hermanas Merceditas y Angela y a sus hermanos Alfonso y Julio, con los cuales me trasladé al campamento revolucionario.

Los señores Madero me causaron una impresión gratísima. Pocas veces he visto aunadas en una sola familia tanta sencillez, dulzura, bondad, franqueza y patriotismo. Nadie hubiera creído, al ver tanta modestia y afabilidad, hallarse en presencia de verdaderos potentados, que no otra cosa eran, pues aparte de sus inmen-

esos bienes, en aquellos momentos eran los verdaderos dueños de la situación.

Don Francisco, el padre del Jefe de la Revolución, resumía en sí todas las virtudes de su familia. Frisaba en los sesenta y se conservaba robusto y jovial como en sus mejores años. Su poblada barba, partida en dos, le daba a su semblante un aspecto venerable, y sus ojos pardos emanaban efluvios de bondad. Vestía con decorosa sencillez y comía con frugalidad. Parecía un viejo hidalgo castellano de los del Siglo de Oro, que no conocían la malicia florentina, que jamás armaron celadas a su adversario, sino le combatieron con la cara al sol; que nunca mancharon sus labios con la mentira; que eran afables y campechanos con todo el mundo, no cedían en nobleza al rey, comían en escudillas de barro, y ajenos a las intrigas palaciegas y a la perfidia y afeminamiento cortesanos, sabían, cuando el caso llegaba, luchar a la cabeza de sus mesnadas, y morir en defensa de su patria y de sus fueros.

A juzgar por la familia Madero, los hombres del norte de México conservan todas las costumbres sencillas y las virtudes que hicieron grande a la Grecia de los tiempos heroicos e invencible a la Roma de Cincinato y de Scipión.

Don Francisco me decía: 'Cuando mi hijo escribió *La Sucesión Presidencial*, reunió toda la familia, nos leyó los pasajes más importantes y nos dijo que esa obra iba a producir una inmensa sensación en todo el país; que estaba resuelto a emprender una campaña contra la reelección del General Díaz, y que, antes de lanzarse a tan temeraria empresa, quería oír nuestro consejo, pues posiblemente esa campaña traería por consecuencia la ruina de la familia. Entonces, todos exclamamos sin vacilar, y yo el primero: "¡Publica el libro, aunque nos arruinemos!". "Hace varios meses que no recibimos un centavo de México. . . —continuaba don Francisco—: Nuestras propiedades todas están en manos del Gobierno. . . El dinero de que pudimos disponer, unos setecientos mil pesos, lo invertimos en la revolución. Ultimamente la situación se nos hizo tan terrible en San Antonio, que tuve que privar de su maestro de canto a Angelita. La pobre niña, como tiene bastantes conocimientos de la técnica musical, me ofrecía dar a su vez clases de canto para ayudar al sostenimiento de la familia. . ." (50).

"Madero tenía su cuartel general en una pequeña casita de adobes, a unos doscientos pasos del puente colgante, casi a la orilla del río. En torno de la casita se aglomeraba un centenar de personas, entre las que vi algunas señoritas de El Paso, que noveleras como buenas americanas, habían pasado al campamento con el único objeto de retratarse con rifle y canana al lado de Pascual Orozco o de Máximo Castillo. Unos veinticinco rebel-

des montaban la guardia cerca de la puerta, con sus sombreros de fieltro chihuahuanos rodeados de una cinta tricolor en la que se leían estas palabras: "Sufragio efectivo. No Reección". Un sol de fuego fundía hasta las piedras, y espejeaba en las aguas terrosas del río, y en toda aquella extensión no había un árbol siquiera que proyectara sombra.

Penetramos a la casita, y busqué con la mirada al jefe de la revolución, imaginando encontrar a un hombre alto y membrudo, y grande fue mi sorpresa cuando vi que todos se dirigían a un individuo vestido de kaki, moreno de barba y bigotes negros, de pobladas cejas, enjuto de carnes, nervioso y de voz un poco recia, en la que se notaba ese tonillo gutural que distingue a los fronterizos.

Madero, después de saludar a la familia, me dirigió una mirada como preguntándome quién era. Su padre me nombró y Madero, entonces, alargóme la mano, una mano vellosa y fuerte que estreché con la misma franqueza con que se me tendía, y le expuse el motivo de mi viaje. Me interrogó acerca de la situación en la capital, y le expuse lo que él ignoraba; esto es, que en México se había descubierto un complot militar cuyo objeto era asaltar Chapultepec y apoderarse de la persona del General Díaz, y que los oficiales complicados en el plan estaban presos y probablemente se les fusilaría.

En ese instante interrumpió nuestra conversación una persona corpulenta, de cuarenta y cinco a cincuenta años de edad, de aspecto campechano. —Señor— dijo a Madero —acabamos de aprehender a dos espías. ¿Qué hacemos con ellos?— ¿Y qué quiere usted que hagamos, don Abraham? —exclamó Madero encogiéndose de hombros—. ¡Suéltelos usted y que vayan a decirle a Navarro cuántos somos y en qué disposición estamos de tomar la plaza apenas termine el armisticio!

Don Abraham González, pues era él, se alejó un tanto mohíno, y Madero me invitó a dar una vuelta por el campo. Ascendimos a una colina cercana y desde allí me mostró la posición de las fuerzas revolucionarias. Con increíble agilidad subía por los lugares más escarpados, en tanto que yo buscaba las pendientes suaves. Había enflaquecido y en el campamento no tenía tiempo ni humor para cuidarse de su persona, lo cual dábale un aspecto desmedrado, que contrastaba notablemente con su vigorosa naturaleza de montañés curtido en las faenas campesres y de admirable jinete que domeñaba con mano de acero los potros más indómitos.

Esa tarde comí en su compañía y tuve el gusto de conocer a su amante esposa doña Sara Pérez, noble mujer que lo acompañó en las circunstancias más azarosas de su vida y a la que él profesaba un entrañable cariño.

En mi conversación con el señor Madero, nuevamente se reveló el hombre altruísta, el filósofo de miras amplias y de sentimientos elevados de quien yo tenía noticia, y al volver a El Paso esa noche, mi corazón palpitaba de júbilo, pues veía cercano el fin de aquella lucha fratricida". (53).

Este fue el inicio de una franca amistad entre dos espíritus idealistas, que tenían mucho en común y que sólo la muerte temprana del líder mexicano vendría a interrumpir.

Rogelio regresa a ciudad México conquistado por la llaneza y sinceridad de Madero y por la justicia de su causa. Madero y Fernández Güell son dos almas gemelas, que se cruzan en un momento estelar de la historia mexicana y cuyo trágico destino los asemejará cada vez más al final de sus vidas.

La revolución de Madero triunfa; pero el patriota mexicano no toma el poder, a pesar de que es el dueño indiscutible de la situación. Espera que las elecciones lo hagan Presidente, a pesar de que no ignora la oposición que encontrará entre tantos intereses creados. Fernández Güell, como un soldado de la pluma, lo ayudará en sus afanes, y así, el 22 de setiembre de 1911, en el primer número que circula del periódico bisemanal "El Amigo del Pueblo", aparece como director del nuevo diario, que se proclama "Órgano oficial del Club LIBERTADOR FRANCISCO I. MADERO". Además, tiene el cargo de secretario de la junta directiva del Club.

En este primer número se anuncian las candidaturas de Madero y Pino Suárez para la presidencia y vice-presidencia respectivamente de la nación mexicana, y Rogelio escribe un vehemente artículo que combate el movimiento de ciertos círculos tendientes a aplazar las elecciones presidenciales (54).

El historiador mexicano Blanco Moheno considera los artículos que escribió Fernández Güell, en esta época, a favor de la causa maderista, como pequeñas obras maestras dentro de su género de literatura política.

Su admiración por Madero y su adhesión a la causa que representa llevan a Fernández Güell a escribir un ensayo: "El Moderno Juárez. Estudio sobre la personalidad de Don Francisco I. Madero", en tono apologético y proselitista, donde una vez más vuelve a brillar la notable pluma del escritor político. Este trabajo recogido del olvido en la edi-

ción que de "La Revolución Mexicana" hiciera la Editorial Costa Rica en 1973, circuló profusamente en México, en 1911, entre la revolución mexicana y la campaña presidencial de Madero, mediante una edición que en forma de folleto y en número de 80.000 ejemplares se imprimió en esa ciudad. Antes, el ensayo había sido publicado por entregas en "El Amigo del Pueblo".

Se reproduce seguidamente una pequeña parte del ensayo, donde con vigorosos trazos y apasionadamente Fernández Güell nos describe a Madero como político.

MADERO, POLÍTICO

"Este hombre extraordinario que salió de las masas populares llevando, en forma de libro, el pan de la democracia a todos los hogares, antes de lanzarse a la lucha armada —que en sus adentros reconocía como el único medio de acabar con la dictadura— procuró ilustrar al pueblo acerca de sus deberes y derechos, y así se le vio, bajo la amenaza de aquel Gobierno todopoderoso, transformarse en Apóstol y hablar a las multitudes el divino lenguaje de la libertad, difundiendo la fe doquiera iba, y engendrando en los corazones ese santo amor a los principios que hizo un mártir de Aquiles Serdán y un jefe victorioso de Pascual Orozco. Las giras democráticas de Madero no tienen ejemplo en nuestra historia; fue el Bryan de México, en condiciones incomparablemente más difíciles y en breves días hizo estremecerse al pesado solio del hombre que durante treinta años no encontró la menor resistencia a su voluntad. Tildado de "loco", "soñador", "visionario", etc., Madero, a la par que organizaba la campaña electoral y propagaba la idea redentora, tejía la maravillosa urdimbre del vasto complot que, violado el derecho de sufragio, derrocó la dictadura y restableció el imperio de la libertad. ¿Cómo esos "grandes intelectuales", esas "lumberas políticas", esos "dioses de nuestro pequeño Olimpo", no se dieron cuenta de semejante labor? Imprevisores e ineptos, descansaban confiados en la cantada "estupidez" del pueblo, se acostaron sobre el terreno minado, y el volcán estalló lanzándolos al abismo del que intentan ahora salir, rebeldes, como todos los condenados,

y sedientos de venganza, como todos los déspotas vencidos. El "soñador", resultó hombre práctico, y los grandes talentos resultaron nulidades. Ahora dicen que Madero, si fue admirable como propagandista y revolucionario, no tiene "los tamaños" para llegar a la Presidencia de la República, y que es a ellos, los "intelectuales", a quienes corresponde ahora gobernar la Nación. El absurdo salta a la vista. ¿Cómo van a dirigir la República por la senda de la democracia los hombres que ayer no más eran los sumisos adoradores de la tiranía, los sayones de la dictadura, los sátrapas, pretorianos y genízaros del despotismo? Lógico es que aquel que vino a derrumbar a un régimen, inaugure otro. Si mañana la obra del Ciudadano Madero resulta detestable, elegiremos otro mejor que Dios nos deparará; pero, mientras él no haya puesto las manos de una manera efectiva en la cosa pública, todos los juicios resultan aventurados y como tales debemos desecharlos. Por otra parte, si el "soñador" resultó un vidente, natural es presumir que el "inepto" nos resultará un gobernante modelo, superior al mismo Juárez. La lógica es aplastante".

En octubre de 1911, pocos días antes de la toma de posesión de Madero como Presidente, ve la luz primera en la ciudad de México su segundo hijo, al que bautiza con el nombre de su padre: Federico.

1911 y 1912 son dos años de intensa y fecunda actividad de Rogelio Fernández en la capital mexicana. Dicta varias conferencias sobre materialismo, espiritismo y teosofía. Funda el periódico "La Epoca" y, a fines de 1911, la revista filosófica Helios, de la cual asumirá la dirección a partir del No. 4, en agosto de 1912.

En esta fecha comienza a publicarse por entregas en la misma revista su novela espiritista "Lux et Umbra", con la aprobación de la Junta Permanente del Segundo Congreso Espírita.

Y Fernández Güell, el hombre de acción, el periodista vibrante, de aquellos días del México postrevolucionario, lleno de traiciones y acechanzas, alterna su quehacer diario con

la filosofía espiritista y escribe en Helios varios de sus poemas espirituales.

De este período es el siguiente soneto:

A DIOS

“No puedo definir tu suma esencia,
Señor, tampoco puedo comprenderte.
No indago, temeroso de perderte,
porque escapas al ojo de la Ciencia.

Sé que es tuya y que riges la existencia,
que animas con tu soplo el polvo inerte,
y salvando el abismo de la muerte,
perpetúas y ensalzas la conciencia.

Pues sé que justo eres, no te imploro.
En el bien, luz del alma, te adivino
y, más que en lo tangible, en él te adoro.

Comprendo mi ignorancia y mi flaqueza
y sé que reducir es desatino
al tamaño de un cráneo tu grandeza”. (56)

En 1912 Rogelio es electo, en asamblea abierta, Presidente de la Liga de Librepensadores Mexicanos.

En agosto del mismo año, publica en la revista “Helios”, una serie de ensayos bajo el título de “El Espiritismo y la Magia en las obras de William Shakespeare”. En los mismos está presente nuevamente el fino prosista, el erudito conocedor de la literatura helénica, el espiritualista, el teórico espiritista, pero más aún, el hombre convencido de la existencia más allá de la muerte, que encuentra un filón en la obra del gran poeta inglés donde escudriñar esa otra vida. Así escribe en el preámbulo de sus ensayos:

“Tiene la antigua Grecia, en el teatro, a Esquilo, y en la epopeya a Homero; Esquilo, el trágico sublime que tuteaba a Zeus y sonreía despreciativamente a Hermes, el hombre cuya grandeza era tanta que, como a Moisés, lo amortajó el mismo Dios; y Homero, el divino cantor de la guerra de Troya, que ensalzó a Diómenes aun sobre los mismos dioses e hizo de Aquiles, Héctor y Ayax, tres broncees eternos. Italia tiene a Dante, el poeta del Infierno y del Paraíso, visionario terrible, más grande que Ezequiel en el

desierto y que Juan en Patmos. Nada más doliente que la historia de Paolo y Francesca; nada más espantoso que el cuadro de la Torre del Hambre. España, tiene a Cervantes, el poeta cautivo, el héroe manco, que de un solo trazo de su pluma encantada creó, el genio, en lomos de un desmedrado y esqueletoso rocín, y el sentido común, cabalgando en un jumento. Inglaterra, tiene a Shakespeare" . . .

Shakespeare en vida, pasó casi inadvertido. La reina Isabel, a quien los aduladores califican de protectora de las artes, y de las letras, apenas fijó su atención en el oscuro comediante. Jacobo I prohibió la representación de algunas de sus obras, y los puritanos cerraron su teatro; Davenant y Nahum Tate se apropiaron de Macbeth y del Rey Lear y los pusieron en escena, "corrigiendo algunos defectos"; Dryden lo enterró, declarándolo "pasado de moda" y Voltaire lo exhumó tan sólo para insultarle. Exhumado Shakespeare entró en la gloria. Se reconoció en él al primer dramaturgo de la edad moderna, Inglaterra lloró el silencio en que por tantos años había permanecido sepultado, y se le tributaron honores casi divinos".

"La obra de Shakespeare, en conjunto es gigantesca. Cervantes y Alighieri, son, aisladamente, un Chimborazo y un Aconcagua cuyas plateadas cumbres se pierden en las nubes; Shakespeare, es una cadena de montañas, entre las que descuellan moles tan altas como el Mont Blanc o el Jungfrau. En Romeo y Julieta, nos presenta el amor llevado hasta el sacrificio; en Otelo, la espantosa hoguera de los celos, alimentada por la envidia; en el Rey Lear, la ingratitud filial; en Macbeth, el demonio de la ambición inspirador de los más horrendos delitos; en Timón, la misantropía originada por el egoísmo y la perversidad de los hombres; en el Mercader de Venecia, el afán de lucro y el odio ruin de una raza perseguida; en Ricardo III, el crimen entronizado; en Las Alegres Comadres de Windsor, la imbecilidad y la lujuria burlada por la coquetería y el ingenio femeninos; en Antonio y Cleopatra, la desordenada y envilecedora pasión que hace perder al valeroso triunviro romano el imperio del mundo; en Medida por Medida, la hipocresía y la vileza del juez que condena a muerte a un reo por el delito, que, a poco, intenta cometer, en forma aún más repugnante, en la persona de la hermana del sentenciado; en Hamlet, la oscuridad, el misterio".

"A nuestro humilde juicio, la obra Shakespeare, hasta ahora ha sido incompletamente analizada y comprendida. Shakespeare, como Esquilo, y posiblemente Eurípides, tiene un doble, y hasta un triple fondo. Su teatro es transparente y de una claridad radiosa en Romeo y Julieta, Coriolano, Las Alegres Comadres de

Windsor, la Comedia de los Errores, el Cuento de Invierno, El Rey Juan, Enrique V y Enrique VI, Troilo y Crésida, Timón de Atenas, Antonio y Cleopatra, etc., principia a hacerse enigmático en el Sueño de una Noche de Verano, la Tempestad y Macbeth, y llega a la más profunda oscuridad en Hamlet". (57).

El atento examen de las obras de Shakespeare —sigue diciendo Fernández Güell— nos ha demostrado, de manera absoluta, que el célebre dramaturgo conoció y practicó la magia y que, igualmente, llevó a cabo experimentos de Psicagogía.

Más adelante afirma: "Es absolutamente imposible, . . . que Shakespeare hubiera escrito el Hamlet sin conocer las doctrinas de los pitagóricos y los neoplatónicos y sin haber llevado a cabo, personalmente, experiencias de mediuminismo".

"Explicar a Shakespeare, iluminar la faz del genio que aún permanece en las tinieblas y mostrarla en toda su hermosura, es la tarea que nos hemos impuesto. . ."

Cuatro son las obras que en este preámbulo dice Fernández Güell que se propone analizar: La Tempestad, Ricardo III, Macbeth y Hamlet. "Sobre todo Hamlet que es la más profunda a la par que la más hermosa de las tragedias shakesperianas".

En sucesivas entregas de la revista se van publicando los ensayos, a los cuales se agrega la tragedia Julio César, pero el último, que presumimos era el correspondiente a Hamlet, no vio la luz pública. Al alcanzar la página 40 de la publicación de este estudio, una vez más los acontecimientos políticos, esta vez los de México, cambian radicalmente la vida de nuestro biografiado. Y la publicación ya quedará inconclusa y olvidada en las revistas mexicanas de 1912.

Tenemos que considerar estos ensayos como una de las obras menores de nuestro autor, con un interés, a estas alturas, más curioso que intrínseco. Son otras tantas muestras de su magnífica pluma, de sus amplios conocimientos literarios, de sus aficiones filosóficas, pero definitivamente el tema ha perdido actualidad para el gran público.

Volvamos a México: El Presidente Madero, reconociéndole las grandes dotes literarias y su amplia cultura, nombra a don Rogelio Fernández Güell, Jefe del Departamento de Publicaciones del Museo Nacional de Arqueología, Historia

y Etnología de la ciudad de México y, tiempo después, Director de la Biblioteca Nacional de México.

El 27 de octubre de 1912 Fernández Güell se dirige al centro de la capital azteca, entre las calles Uruguay e Isabel La Católica, donde se levanta la antigua Iglesia de San Agustín, convertida desde el siglo anterior en la Biblioteca Nacional de México. Las imágenes sagradas han sido sustituidas por millares de volúmenes y los feligreses por diarios lectores. Ninguno de los cargos que hasta ahora ha ocupado llena tanto de orgullo a Fernández Güell como éste. Está en su elemento: los libros. Todas las mañanas al pasar a su despacho tiene que caminar entre dos hileras de mármoles de tamaño natural, que en aquel ambiente conventual parecen santos; pero son estatuas de Herodoto, Dante, Petrarca, Shakespeare, Goethe, Hugo, y otros genios de la literatura universal que custodian el claustro. Activamente comienza a trabajar. Realiza algunas reformas y propone otras que no llegará a ejecutar, porque son días difíciles los que se viven y peores los que se avecinan. Del pronunciamiento de Veracruz y de la reacción que se alza contra Madero, pronto se llega a febrero de 1913: "Todo el prestigio del caudillo revolucionario se había deshecho como espuma", recuerda el escritor. Una facción del Ejército se subleva y el Gobierno se ve obligado a poner sitio a la Ciudadela. El Embajador norteamericano envía informes alarmantes a Washington y pide la intervención armada de su país. Un grupo de senadores enemigos del Presidente le pide la renuncia en lugar de investirlo de facultades extraordinarias para rechazar al presunto invasor. El Ejército, los políticos y el tenebroso diplomático se confabulan en la traición y Madero finalmente cae en manos de los intrigantes para ser después cobardemente asesinado por orden de su Ministro de Guerra, el General Victoriano Huerta.

Fernández Güell, apenas se entera de estos hechos, en la confusión que reina, renuncia de su cargo el 28 de febrero de 1913. (58) Después escribirá emocionadamente esta página negra en sus Episodios de la Revolución Mexicana. Su breve paso por la dirección de la Biblioteca Nacional de México siempre lo recordará como un blasón de orgullo. Ha sido el primer extranjero en ocupar ese puesto y posiblemente el último.

Profundamente conmovido por el trágico fin de su amigo, el Presidente de México, Rogelio Fernández toma la determinación de regresar a su patria con su esposa y sus dos hijos. Huyendo salen precipitadamente de México y afrontando acechanzas que le tiende el dictador mexicano, logran embarcarse para Costa Rica.

En su marcha precipitada pierde en México, además de su selecta biblioteca y documentos, un pequeño poema en tres cantos, "María", y algunas composiciones poéticas, como "Apocalipsis", obras de juventud, de las que diría después que adolecían de grandes defectos, pero que contenían algunas bellezas. (59).

Otro canto épico, titulado "Los Andes y otros Poemas", que estaba siendo impreso en la Imprenta del Museo Nacional de México, no se termina de tirar por instrucciones del nuevo Ministro de Instrucción Pública de Huerta, que ordena su destrucción. Sólo el cariño de su esposa y la devoción de su entrañable amigo y pariente, don Tomás Soley Güell, rescatan el poema, suntuoso en la forma, pero infundido de un gran idealismo en su fondo, que será finalmente publicado en la edición póstuma de algunas de sus poesías, que en mayo de 1918 edita don Tomás Soley.

Capítulo VI

EXPLORADOR DE LO IGNOTO

Y confiado el celeste peregrino
en su fe, como aquel se dio a la vela
y en la proa incansable centinela
vio otros mundos surgir en su camino.

R.F.G., de "Molinos de viento".

Aunque terminada en México, en marzo de 1907, la novela filosófica-espiritista, "Lux et Umbra", no fue publicada en esa misma ciudad hasta 1911. De manera que es ésta una obra juvenil, ya que fue escrita cuando el autor aún no contaba veinticuatro años. En el prólogo dice Rogelio Fernández:

"Al escribir la presente obra, me propuse hacer un parangón entre las doctrinas materialistas y las espiritistas, tanto desde el punto de vista científico como desde el moral; mas para que los diálogos no resultaran fastidiosos y los argumentos áridos, ideé desarrollarlos en forma novelesca. . ." (60).

La trama de la noveleta es simple: el diálogo, que tiene por escenarios paisajes catalanes, entre Guillermo Hare, el joven intelectual, rico, de firmes ideas materialistas, su joven esposa, Gloria, espiritual y bella, fuertemente inclinada hacia el espiritismo y el doctor Conrado, filósofo y espiritista convencido, en quien es fácil adivinar a nuestro autor.

Los tres amigos se separan y meses después ocurre la tragedia donde encuentra la muerte Gloria, ante la desesperación de su joven esposo, que lo lleva a intentar el suicidio. El doctor Conrado lo convence de que sólo el espiri-

tismo le puede restituir a su amada y con la ayuda de un cuarto personaje, el Doctor X, se inician los experimentos espiritistas; pero el día cuando Guillermo Hare espera con ansia que llegue la noche para ver a su difunta esposa, sucede su muerte también accidental, en un desenlace en el que se percibe la mano incorporal de Gloria, quien finalmente se reúne con su amado, rescatándolo de las garras del materialismo.

La noveleta que es un ataque a la doctrina materialista, nos recuerda las novelas de las aventuras ideológicas que llegarían a su cima, años después, con *La Montaña Mágica* de Thomas Mann. Es una obra breve, espiritual, elegantemente escrita, de una sencilla trama que le sirve a su autor para exponer las ideas en que tan firmemente creía y que estaban tan en boga en su tiempo.

La primera de sus tres grandes obras, es el tratado de filosofía espiritista, "Psiquis sin Velo", publicado en México en 1912 y dedicada a su admirado amigo, Francisco I. Madero, entonces Presidente de México. En la dedicatoria dice Fernández Güell que el "modestísimo trabajo, representa un girón de su existencia y es el reflejo de sus más profundas convicciones". En efecto, le ha llevado tres años escribirla. La revista *Helios* la anunció diciendo que no tenía igual en su género, por ser un compendio de la doctrina espírita, abarcando sus diferentes aspectos: histórico, experimental, filosófico y moral.

Contiene la voluminosa obra, de 344 páginas, la historia del Espiritismo, desde los tiempos de la fábula hasta 1912. La Exposición de todos los fenómenos hasta esa época estudiados, nociones de magnetismo, teosofía y ocultismo.

Para el lector contemporáneo, no versado en esta filosofía, se hace necesario reproducir los conceptos que en la introducción escribió el escritor. Para él, el **Espiritismo** es la filosofía de la ciencia, la religión de la naturaleza. Sus enseñanzas —dice— son sublimes y llevan a todas las almas el sentimiento de la verdad. Su Biblia es el universo, Biblia eterna de páginas ardientes que tiene soles por letras y constelaciones por palabras. Definir el Espiritismo, es algo como intentar contener el océano, porque el Espiritismo es ciencia, religión, filosofía y moral; es amar, cuando como un ángel luminoso desciende de la ignota región de los bienaventurados a confortar un alma encadenada a este mundo, que es un presidio celeste, una mazmorra sideral; es ciencia,

cuando en las tinieblas de nuestro espíritu enciende la antorcha de la verdad y nos muestra la senda que conduce a la excelsa cumbre del conocimiento absoluto; y es filosofía y es moral, cuando despeja las sombras de la conciencia y hace que ésta refleje con toda su pureza, como una gota de agua la inmensidad de los cielos, la gloria infinita del creador.

"Desde el punto de vista de la experimentación y el estudio, se puede decir que el Espiritismo es la ciencia que trata de los Espíritus encarnados y desencarnados y de sus relaciones con los mundos inmaterial y espiritual.

Juzgándole con estrecho criterio, algunos han querido definir al Espiritismo circunscribiéndolo a la comunicación de los vivos con los muertos. No negamos que éste fue su carácter inicial; pero el Espiritismo, tal como lo concebimos, es un encadenamiento sublime de doctrinas basadas en las revelaciones de los Espíritus y en los descubrimientos de los grandes maestros antiguos y modernos; es un templo sin cúpula, eternamente en construcción, cuya armoniosa arquitectura se eleva sin cesar a lo infinito. . ." (61).

Aun para los legos, "Psiquis sin Velo" resulta un libro sumamente interesante, aunque sólo sea desde un punto de vista histórico o estrictamente literario.

La excelencia de la prosa en esta obra está en parte limitada por el propósito del libro que es un tratado didáctico; sin embargo, el magnífico escritor que es Fernández Güell, convierte lo que podía ser un tedioso estudio en una amena lectura, abundante en profundos pensamientos. Es sorprendente tanta erudición en un autor de sólo 27 años, ya que está firmado en Baltimore, Maryland, en marzo de 1910.

Con esta obra se convirtió Rogelio Fernández Güell en el principal expositor de lo que él llamó filosofía esotérica o espiritualismo, que en la segunda década de este siglo tuvo en Costa Rica tanto auge como la Teología en ciertos círculos intelectuales. (62)

De esta obra y como una evidencia de la amplitud de su contenido, reproducimos esta página sobre "La Pena de Muerte", tema sobre el cual nos referiremos más adelante.

"LA PENA DE MUERTE es también un signo de atraso en una sociedad. Se dice: es necesaria, es ejemplar. Debe replicarse: no; es cómoda, porque es más fácil destruir que edificar. Una prisión modelo presupone un gasto considerable: maestros, educadores, médicos, guardianes, bibliotecas, talleres, aulas de enseñanza, etc., y la sociedad considera que no debe tomarse tanto interés por los malvados.

Se dice: es que los criminales natos son incapaces de regeneración.—Debe replicarse: no hay nada que no sea susceptible de progreso. Nosotros mismos quizás pasamos por esos trigos. La educación corrige muchos defectos. Una gota de luz, cayendo sin cesar sobre el corazón de un malvado, concluye por ablandarle, aunque tenga la dureza de la roca.

Se dice: muerto el perro, se acabó la rabia. — ¡Error, profundo error! El alma no muere. El espíritu del ajusticiado, proscrito de la tierra, se queda vagando en el espacio como una alma en pena, reencarna, sediento de venganza, en la primera ocasión favorable. ¿Qué se ha logrado? El alma fiera e ignorante vuelve, más rabiosa que nunca, a salirnos al paso. . . Quizás, ¡oh, misterio de los cielos! encarnada en la forma de nuestros propios hijos. . .

"¿No adviertes, infeliz,— decía el Asheverus de Eugenio Sue al estrangulador Faringheu— que sólo los cuerpos caen bajo tu lazo y no las almas, que son inmortales?.

La sociedad moderna, que ve los defectos sin preocuparse de las causas, no admite este razonamiento. Peor para ella. De todas maneras, en la duda debería abstenerse. Es el colmo de la demencia castigar con una pena cuyas consecuencias se desconocen. "La justicia humana —decía Víctor Hugo— ciega o impía, arroja un enigma, el hombre, a lo desconocido, la tumba".

Sin embargo, a medida que la humanidad progresa, el patíbulo se desploma y la justicia pierde su ceño adusto. Las penas se aplican más como defensa que como sanción o venganza social. Se enjaula a los criminales como a las fieras para impedir que dañen, no para hacerles sentir los rigores de la cólera social. La pena de muerte se restringe cada día más, limitándose a verdaderos monstruos. Se rodea de garantías al acusado, y, aún después de probado el delito, se le trata con humanidad. No se le expone, como antes, en la infamante picota al escarnio del vulgo. En algunos pueblos, la pena de muerte no existe ni la cadena perpetua. La sociedad tiende a convertir los presidios —hasta hoy verdaderos infiernos, escuelas del mal donde los criminales se empedernían y los reos de delitos simples se equiparaban a los más perversos— en centros de educación, en bibliotecas y talleres".

En campos muy diferentes, la obra cumbre de nuestro escritor es la Revolución Mexicana, que a estas horas constituye su libro más conocido en el país, gracias a la reedición de la Editorial Costa Rica, no así en México donde debía haber sido una fuente obligada de todas las historias que sobre ese trascendental hecho del siglo XX se han escrito. (64)

En el historiador de la revolución mexicana está presente siempre el escritor elegante, inspirado, poético, de toda su producción. Además, la obra está escrita con pasión, con la autoridad del que vivió muy cerca los hechos que narra, aunque sólo en un pasaje el autor cita su participación en el movimiento armado mexicano.

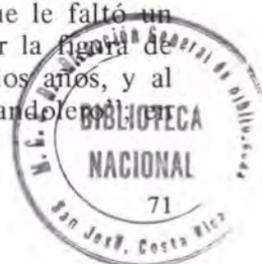
El libro fue terminado en San José el 10 de abril de 1915 y publicado en la misma ciudad; posiblemente por error se consigna el año 1914 en el pie de imprenta de esta edición. La temprana muerte del escritor y el hecho de que no fuera publicado nuevamente hasta casi medio siglo después, contribuyó a que pasara casi inadvertido en México, donde tanto éxito pudo haber logrado.

Otra curiosidad, con relación a esta obra, es que en la segunda edición no se reprodujo la hermosa dedicatoria que contiene la primera y que dice así:

“A la memoria de todos los que, en diferentes épocas, han padecido y muerto por la causa de la libertad de los pueblos”. Ignoraba Fernández Güell que en esa categoría de héroes y mártires él sería incluido por un cruel destino. (65)

La obra, que alcanza 288 páginas en su edición más reciente, comienza con los sucesos que van desde el anuncio que hace en marzo de 1908 el General Porfirio Díaz, de que no se postulará para su reelección, hasta el cobarde asesinato de Madero en febrero de 1913, y contiene un epílogo, en el que se narra la sublevación de don Venustiano Carranza, de Pancho Villa y de Zapata, que vengarán el homicidio y acabarán con el régimen huertista.

El escritor es un liberal, consecuente con su época, que juzga desde ese punto de vista la revolución burguesa de Madero. Se le ha criticado, con razón, de que le faltó un poco más de perspectiva histórica para juzgar la figura de Zapata, que se ha agrandado con el paso de los años, y al que califica en una oportunidad de “feroz bandido”.



otro pasaje denomina al zapatismo como una “negra herencia”; sin embargo, páginas más adelante Fernández Güell escribió: “Si Madero en ese momento crítico enarbola la bandera de la reforma agraria, salva a su gobierno y salva al país”, para agregar luego con un poco de amargura:

“Por mucho amor que le profesemos a la memoria del apóstol, fuerza nos es confesar que, en aquel momento no estuvo a la altura de las circunstancias. El creía que la legalidad bastaba a darle fuerza a su gobierno, y pagó su error con la vida. Su apego a las instituciones lo perdió. Quería efectuar la reforma agraria blandamente, sin apartarse un punto de la ley. Su plan era expropiar, por causa de utilidad pública, grandes extensiones de terrenos, invertir en esta obra parte o el todo de un empréstito de cien millones, y devolver a los pueblos sus ejidos. Pero la Nación estaba impaciente y había perdido la fe de su Gobierno. Era indispensable una medida violenta, ni el Ejecutivo ni el Congreso se atrevieron de cortar de un tajo el nudo gordiano. . .” (66)

Toda la narración está dominada por la figura majestuosa de Madero, aun cuando fue escrita en tiempos en que en México no le habían levantado todavía ningún pedestal al Apóstol, ni sus contemporáneos habían escrito las biografías o las historias de la revolución mexicana que vinieron después.

La tercer gran obra del escritor, y que a la postre sería la última: “Plus Ultra”, la más olvidada de todas, será comentada más adelante.

Capítulo VII

COMO ULISES. . .

“Diez años anduvo como Ulises peregrinando por extrañas tierras, hasta que una tempestad lo arrojó de nuevo a las playas de su Patria”.

R.F.G., El Imparcial del 13 de febrero de 1916.

Después de más de nueve años de ausencia regresa a Costa Rica Rogelio Fernández Güell, a principios de abril de 1913.

A la estación del ferrocarril llegan a recibirlo sus hermanos, parientes y amigos, entre los que destacan el Licenciado Máximo Fernández, Pelico Tinoco, Isaac Zúñiga Montúfar, Claudio Coto, Ricardo Coto Fernández. Al llegar a la casa materna se produce una escena que emociona a todos: el abrazo de la madre y el hijo. Rogelio viene acompañado de su esposa y de dos niños. El hijo mayor, de su mismo nombre, es un párvulo inquieto, de gran parecido físico a su padre. (67)

De nuevo está en la patria Fernández Güell, el gran soldado republicano y mucho se espera de él. El diario “El Republicano” lo saluda y recuerda al “Pascual” de las primeras luchas de “El Derecho”, la tribuna ardiente, constante y valerosa de la causa republicana, que ya no existe.

Llega Rogelio, que ya ronda los 30 años, con el corazón deshecho por la espantosa tragedia mexicana, de la que milagrosamente ha logrado escapar con vida. Poco a poco sus familiares y amigos lo reaniman. Dormidos entusiasmos despiertan en su ser y otra vez se apresta para la lucha.

En el escenario de la política nacional, don Ricardo, el gran don Ricardo Jiménez, ha subido al poder en hombros de los republicanos, porque en la campaña de 1909 don Máximo Fernández prefirió no lanzar su candidatura y apoyar al Licenciado Jiménez Oreamuno, en una actitud que le fue y le seguirá siendo muy censurada. En las elecciones don Ricardo triunfó por amplia mayoría sobre su oponente, don Rafael Iglesias.

Y en esta campaña de 1913, don Máximo busca por cuarta vez la presidencia. Tiene como contendientes el jefe del Partido Republicano, al doctor Carlos Durán, candidato del Olimpo y la clase alta y a su tradicional enemigo, don Rafael Iglesias Castro, al frente del partido civilista.

Todo parece presagiar esta vez el triunfo del viejo caudillo republicano. Es evidente su gran arrastre en el pueblo.

El lunes 28 de abril, por la noche, se congrega en casa de Rogelio la Juventud Republicana. Fernández Güell les habla en términos sencillos y elegantes, con el acento de la más pura convicción, recordándoles a los jóvenes el pasado glorioso del Partido Republicano. Señala el presente político como el florecimiento de la semilla vertida en los surcos del pasado y excita a los jóvenes a luchar por el mantenimiento y el prestigio de las instituciones republicanas.

De su casa marchan unos 500 jóvenes hasta el Parque Nacional, vivando al Partido Republicano, al Presidente de la República y al candidato, don Máximo Fernández. Al pie del Monumento Nacional postulan a don Máximo como candidato a la Presidencia. Después van a saludar al caudillo a su casa, donde habla nuevamente "Pascual", como vocero de los manifestantes. (68)

El 26 de mayo, en el Teatro Variedades, Rogelio Fernández Güell dicta una conferencia sobre el tema Psicología Trascendental, bajo los auspicios del Ateneo de Costa Rica. El público se admira del dominio del tema de que hace gala el conferencista. No se conocía en el país esta nueva faceta de Fernández Güell.

En la organización republicana aparece Rogelio Fernández como uno de los secretarios de la Directiva Central del Partido, y una semana después, el 27 de junio, en una manifestación política que sale del Club del Hospital a las siete de la noche y que remata en la Plaza de la Fábrica,

después de atravesar la Avenida Central, Fernández Güell está entre los principales oradores.

Otra vez, el periodista de combate.

En el diario republicano del mismo nombre, comienzan a aparecer vigorosos artículos de combate que firman "Ursus", "Juvenal", "Perseo" y "Viriato". Son nuevos escudos de nuestro periodista que ahora lanza sus saetas bajos esos pseudónimos.

El 15 de julio aparece Rogelio Fernández Güell, junto con don Ricardo Coto Fernández, en la dirección de "El Republicano". La campaña política está en su punto más candente.

"Juvenal" escribe una serie de siete artículos políticos titulados, "Durán médico y Durán político", fustigando al candidato del Partido Unión Nacional. Se habla de una posible fusión entre duranistas y civilistas para cerrarle el paso a la presidencia al jefe de los republicanos. "Juvenal" ahora escribe otro tremendo ensayo político: "El Déspota de ayer y el Candidato de hoy". Por supuesto, se refiere a don Rafael Iglesias, su viejo enemigo.

El 18 de noviembre, "Juvenal" firma un notable ensayo biográfico sobre la figura del candidato republicano: "Máximo Fernández ante la Historia y ante sus contemporáneos", donde nuevamente brilla el talento literario de Rogelio Fernández y su pluma alcanza altos relieves.

"No voy a cantar las glorias de un ilustre Capitán ni de un insigne estadista de cuya espada o de cuya pluma dependieran la suerte de los imperios, sino a relatar con la mayor sencillez posible la vida de un varón ilustre que, en el pequeño escenario que limitan nuestras altivas montañas y nuestros mares, ha luchado y sufrido por la causa redentora del republicanismo", (69) comienza diciendo el magnífico ensayo, que es publicado en "El Republicano" y recogido en un folleto que circula profusamente.

La fusión llega a concretarse en un pacto entre los partidos del Dr. Durán y don Rafael Iglesias. Como se prevee que en las primeras elecciones es difícil que alguno de los tres candidatos obtenga mayoría absoluta y en esas circunstancias la elección tenga que decidirla el Congreso, los dos partidos acuerdan, de producirse esa eventualidad,

votar unidos por el Dr. Durán, si éste obtiene más votos que Iglesias, o a favor de Iglesias, en caso contrario.

En "El Republicano", razonando escriben "Juvenal" y "Ursus". "Perseo" y "Viriato" lo hacen en artículos de combate. "Fox" firma crónicas picarescas y "Croniquero" relata las grandes manifestaciones del Partido Republicano. Son hijos del "Pascual" de antes; todos son duendes que salen del cerebro de Fernández Güell, quien ha trabajado los últimos seis meses como director y cronista del periódico, sin aceptar remuneración alguna.

El 7 de diciembre se efectúan las elecciones. Don Máximo obtiene el 42 0/0 de los votos y no alcanza la mayoría absoluta. El doctor Durán le sigue con el 31 0/0 y don Rafael Iglesias logra el 27 0/0. En virtud del pacto, todo parece indicar que el médico será el próximo Presidente de la República.

Bajo la desazón que le produce la derrota, porque el pacto ha burlado el triunfo numérico republicano, Fernández Güell escribe el 14 de diciembre de 1913 el último editorial de "El Republicano", bajo el título de "Un Idolo menos", que será una de sus piezas políticas más famosas; pero antes, para sus adentros, muchas veces se ha repetido los versos de Espronceda, que le son tan familiares:

*¡Malditos treinta años,
funesta edad de amargos desengaños!*

UN IDOLO MENOS

"... Al regresar al país encontré la situación política planteada. Ricardo Jiménez aparecía como el fiel de la balanza, y tuve la debilidad de creer en su buena fe de gobernante, echando en olvido sus claudicaciones de época de la transacción. Bien es verdad que lo creí moralmente obligado a respetar la voluntad popular que se manifestaba de manera indubitable en favor del señor Licenciado Fernández. He asistido al ocaso de muchos ídolos y, a mi juicio y al de nuestros mismos contrarios Ricardo Jiménez no es un sol que se hunde, sino una candileja que se apaga.

Llevado al Poder por el Partido Republicano, ha hecho de la bandera azul una mortaja para enterrarlo.

Su neutralidad no era más que una careta que se rompía por distintos lados sobre su faz, y que ha concluido por mostrar el rostro oblicuo y la mirada artera de Ascensión Esquivel. . .

¿Qué ganaron los republicanos con llevar al solio presidencial al señor Jiménez? Las elecciones fueron una farsa, pues en ellas lo que menos se respetó fue el derecho de los ciudadanos. Las Juntas Electorales, nombradas por el señor Presidente por una debilidad del Congreso, han hecho casi negatoria la voluntad popular, pues la coalición contaba con dos representantes en tanto que el Partido Republicano se veía casi excluido de dichas Juntas. Actualmente el diputado por Limón y el cuarto diputado por Alajuela serían nuestros si la Fusión no tuviera doble representación en las Juntas. Por otra parte, una nube de esbirros a las órdenes de un Spoleta oculto, nos asedia por todas partes y poco falta para que el señor Jiménez, arrancándose del cuerpo la chaqueta democrática que se puso en el Congreso para engañar a las multitudes y prepararse la "nomination" en la Convención Republicana, reaparezca con la lorita Olímpica de 1901.

El señor Jiménez no ha sabido apreciar la conducta del noble Partido que lo llevó al Poder" . . .

Rogelio Fernández Güell es un intelectual. Pertenece a una de las grandes familias del país, pero está contra la clase alta, contra la oligarquía, contra los intelectuales, contra los dioses del Olimpo. Su personalidad, su talento, su futuro político, pudieron haberse acomodado mejor entre las filas de las grandes personalidades políticas de su época, como don Ricardo, don Cleto, el Dr. Durán y otros liberales; pero más bien los adversa. Los combatió cuando salía de la adolescencia y los sigue combatiendo ahora que es un hombre. Desde principios de siglo se alistó en el bando republicano. No aceptó la sucesión que escogió Iglesias; estuvo contra el paternalismo político; intuyó que el ilustre liberalismo era ya anacrónico y que el porvenir estaba en el republicanismo. Diez años se ausenta del país y cuando regresa vuelve a las filas de su partido. Si se desviará más

adelante, transitoriamente, del ideal republicano, será siempre dentro de las filas de sus compañeros de partido. Y morirá buscando la reivindicación de su nombre y de la causa republicana. Otros han traicionado sus ideales, pero él morirá en su ley.

El político

Aunque posteriormente Fernández Güell pondría en tela de duda el resultado de las elecciones, atribuyendo la derrota electoral del fernandismo a la composición de las juntas electorales donde los partidos fusionados contaban con dos delegados por uno del Republicano, y a la presión oficial, lo cierto es que el Presidente Jiménez se había mantenido neutral durante la campaña; pero no era desconocido por el público la poca o ninguna simpatía que sentía el Jefe del Ejecutivo por el candidato Fernández Alvarado. De ahí que se le atribuya a don Ricardo la famosa frase: "Del duranismo me gusta el jefe, pero no el partido; del fernandismo el partido, pero no el jefe; del civilismo ni el jefe ni el partido".

La historia de esta campaña política y su culminación con el nombramiento del Presidente de la República, es una de las más interesantes de nuestra vida pública de este siglo. De la fecha de las elecciones hasta el día de la toma de posesión, el 8 de mayo de 1914, se sucedieron una serie de maniobras políticas que mantuvieron al público en constante zozobra y tensión, y que se hace necesario relatar, aunque muy someramente, aquí:

A pesar de que en virtud del pacto de los partidos civilista y Unión Nacional, al principio se dio como un hecho el nombramiento del Dr. Durán como Presidente de la República, pronto surgieron negociaciones entre personas de ambos partidos. Se dijo que se había llegado al acuerdo de que los diputados de esas dos agrupaciones, nombraran Presidente a don Máximo, pero que éste a su vez renunciaría inmediatamente a favor de don Rafael Iglesias. Era esa una situación extraña de que los dos caudillos, hasta hace poco irreconciliables enemigos, se aliaran, haciendo los civilistas caso omiso del pacto con el Unión Nacional; pero en política todo es posible. El Dr. Durán, entretanto, por lo menos públicamente no aceptaba el des-

conocimiento del compromiso. A última hora aparecieron algunos candidatos de transacción, y en vísperas del 1º de mayo, la situación en lugar de aclararse se tornaba cada vez más confusa. Pero en la noche del 28 de abril de 1914, el Dr. Durán, don Federico Tinoco Granados y don Alfredo González Flores llegaron a la Casa Presidencial y le presentaron a don Ricardo un pliego firmado por los diputados duranistas y seis republicanos, lo que hacía la mayoría del Congreso, donde se comprometían formal y solemnemente a elegir, tres días después, en la sesión del Congreso, a don Alfredo González como Primer Designado, para que ejerciera la Presidencia.

Don Ricardo, sin esperar a que el Congreso decidiera el asunto, en una actitud muy discutible y que le sería muy censurada toda su vida, aceptó el arreglo y entregó los cuarteles a los partidarios del casi desconocido don Alfredo González Flores, el joven abogado de Heredia, jefe de los republicanos de su tierra.

En la sesión del 1º de mayo, se aceptó, con la oposición de los diputados civilistas, que se nombraran a los Designados a la Presidencia, antes de hacerse el nombramiento del Presidente de la República, y don Alfredo obtuvo 36 votos de los 43 miembros del Congreso, para ser elegido Primer Designado a la Presidencia. Después se conoció la renuncia de don Máximo, quien decía que la presentaba para que se tratara en la Cámara la elección del señor Iglesias; pero inmediatamente después se leyó la del Dr. Durán, quien manifestaba renunciar para que fuera llamado al ejercicio del poder el Primer Designado, ya que la Constitución establecía que de no tener mayoría absoluta ninguno de los candidatos, el Presidente sería nombrado por el Congreso entre los dos que habían obtenido la mayoría de votos, esto es entre don Máximo y el Dr. Durán. Y habiendo renunciado los dos candidatos mayoritarios, el Congreso nombró al Lic. González Flores, pese a la tremenda oposición de los representantes civilistas.

Así llegó a la presidencia don Alfredo, sin haber recibido un solo voto popular. Evidentemente los republicanos se habían dividido en dos grupos: los fieles seguidores de don Máximo, quien fue ajeno a la última maniobra, y los republicanos que no admitieron la componenda de última hora entre fernandistas y civilistas.

Rogelio Fernández confesó, tiempo después, que él estaba entre los primeros y que había sido uno de los tantos sorprendidos ante el rumbo que finalmente tomaron los acontecimientos, ya que no se le había enterado del último cónclave de los republicanos. (70) No obstante su amistad con don Alfredo González, uno de los jóvenes fundadores del Partido Republicano neto y su compañero en las jornadas de 1901, Fernández Güell admitió que hizo todo lo posible para desbaratar la última combinación política, que desde un principio consideró perjudicial para la República. “El señor Lic. don Luis Anderson —diputado civilista— y sus compañeros de aquella época saben qué papel desempeñé en estos acontecimientos. Tampoco lo ignoró el Lic. González, a quien referí todos mis pasos, y no tuvo, sin embargo, inconveniente en llamarme a colaborar en su gobierno”, escribió Rogelio Fernández Güell el 23 de mayo de 1917.

Pero la posición de Rogelio es confusa: se contradice con otro artículo de su vibrante pluma escrito antes, en tiempos de la Administración González Flores. En esa oportunidad dijo, refiriéndose a su persona: “Vino el desastre del 7, y de aquel abismo ayudó a sacar a su Partido. Llegó el 28, y con él, el triunfo de las falanges democráticas que legítimamente habían triunfado en los comicios”. Y recuerda en el mismo artículo que don Alfredo era un representante genuino, de los que en 1901 lucharon contra la Transacción. (71)

La conclusión a que llegamos nosotros es que los hombres se equivocan y, Fernández Güell maniobró como buen político en aquella ocasión. Su idealismo juvenil se opacó por un tiempo y cedió al oportunismo político, pero de esto volveremos a hablar más adelante.

Capítulo VIII

CAPITAN DE EL IMPARCIAL

Funcionario público.

Don Alfredo González Flores antes de iniciar su administración le ofreció a Rogelio el Consulado de Costa Rica en Barcelona. Fernández Güell no aceptó, manifestando que anhelaba laborar de una manera más efectiva por su Patria, después de largos años de ausencia, y fue nombrado Sub-Secretario de Gobernación, evidentemente en un cargo modesto para su brillante talento. Pocos días después, el 1º de junio, pasó a la Sub-Secretaría de Fomento, función que desempeñó hasta el 9 de diciembre de 1914 cuando fue trasladado de nuevo a la Sub-Secretaría de Gobernación y se le recargó la Dirección General de Correos.

Pero volvamos al literato, porque el funcionario público siguió alternando sus quehaceres oficiales con su actividad intelectual.

El 1º de octubre de 1914 termina de escribir la última página de un breve ensayo: "La Clave del Génesis", que versa sobre filosofía arcana. En el proemio el escritor explica que ilustres filósofos e historiadores y comentaristas están de acuerdo en atribuirle un sentido oculto a los libros sagrados, el cual ha sido apenas entrevisto por los modernos doctores de la sinagoga y de la iglesia. En general —dice— los libros sagrados de todas las religiones revisten un sentido esotérico, cuya clave únicamente poseían los grandes sacerdotes e iniciados.

Esta es su interpretación de los principales pasajes del Génesis, sin que presuma por ello el escritor de haber averiguado la verdad de las escrituras; mas cree sincera-

mente que ha entrevisto, en medio de las profundas tinieblas, un rayo de luz que pueda conducir a un conocimiento más exacto de la ciencia religiosa de los hebreos. (72)

El opúsculo será publicado el año siguiente, en San José, con una dedicatoria poética y galante para doña María Fernández de Tinoco, la esposa de su amigo el entonces Ministro de Guerra y Marina, con quien le une cierto parentesco e inquietudes filosóficas comunes.

La forma de este opúsculo y el afán inquisitivo del escritor, nos recuerdan los ensayos que escribiera anteriormente sobre la magia y el espiritismo en las obras de William Shakespeare; pero ahora, su tema es la Biblia.

El 7 de diciembre de 1914, Rogelio Fernández dicta una conferencia en el Centro Catalán de San José, sobre "Verdaguer y su Obra", que será luego recogida en un folleto y constituirá uno de sus más celebrados ensayos.

En ella se patentiza la gran admiración del poeta nacional por el reverendo Jacinto Verdaguer, el poeta místico catalán del siglo XIX, famoso autor de Carrigó y de la Atlántida. Esa noche hace gala Rogelio de sus amplios conocimientos de la lengua catalana, recitando en más de una oportunidad los versos en ese idioma que ha perfeccionado a la par de su esposa, oriunda de Cataluña, y de la profunda admiración que siente por el vate catalán, relatando con inspirado verbo las peripecias de su atormentada vida.

El final de la conferencia lo cierra el escritor con unos bellísimos pensamientos lírico-filosóficos:

"La muerte de mosén Jacinto fue una imponente manifestación de duelo de todas las clases sociales. Miles de personas acompañaron el cadáver al cementerio, y las mismas manos que le habían ceñido en vida la corona de espinas, tocadas de un tardío arrepentimiento deshojaron sobre su tumba las flores de la admiración y del afecto. Hoy Cataluña, España toda, aclama a Verdaguer como el poeta más grande de la época presente, y mientras sobre su losa la yedra tiende sus ramas, el laurel se entrelaza en las páginas de oro de sus libros.

"La vida de los hombres es efímera y sus grandezas transitorias; mas aún regalan nuestros oídos los poemas de Homero y las églogas de Virgilio, y es que la poesía es eterna y sobrevive a los mismos idiomas en que se escribe. Pasaron Nínive y Babilonia; pero ni Hesiodo ni el viejo Anacreonte pasan. Las pirámides se desmoronan y Tebas y Menfis duermen bajo las arenas

del desierto, envueltas en sus mortajas de siglos; pero Ovidio y Lucano continuarán inalterables. La lengua catalana está destinada a vivir en las obras de Verdaguer, y mientras haya catalanes, en el pla y en la montanya resonará la canción del último barretinayre, y sobre la cubierta de los navíos que se le alejen con rumbo a América, se escuchará la nostálgica canción de L' Emigrant". (73)

Y en una página del álbum de la señorita Amalia Montagné, deja una nota galante:

Si de tus ojos, mujer,
el llanto se desprendiera
y, perla suelta, rodara
una lágrima y cayera
en el Infierno, al caer
en cielo lo transformara. (74)

Director del nuevo diario.

A mediados de 1915 la Administración González Flores enfrentaba una fuerte oposición política que la hacía muy impopular, consecuencia en parte de su génesis tan singular y de haber resultado de la gestión de don Alfredo un gobierno revolucionario, intervencionista, progresista, con profundas ideas sociales y renovadoras que afectaban al capital y chocaban con el liberalismo manchesteriano de sus principales aliados políticos: los duranistas. Además, el joven abogado herediano había dado muestras de una espléndida independencia. No había sido el pelele fácilmente manejable que en un principio imaginaron sus ocasionales coaligados y los patrocinadores de su candidatura de última hora.

El Gobierno necesitaba urgentemente de una prensa favorable para contrarrestar la fuerte oposición que le hacía "La Información"—el principal diario de la época—y el verperitino "La Prensa Libre", que editaba la misma empresa, para hacerle propaganda y cambiar la imagen del Gobierno en la opinión pública, así como para difundir los grandes proyectos de reforma tributaria que había elaborado.

Por este tiempo don Alfredo quiso cambiar el arancel sobre el trigo, para romper el monopolio de unos pocos molineros, modificando la tarifa sobre el trigo importado, pero

no pudo encontrar prensa que defendiera su tesis, ya que "La Información" y sus anexos estaban precisamente bajo el control del principal molinero. Ni pagando los artículos pudo el Presidente conseguir que se los publicaran. Esto resolvió la fundación de un periódico, si no oficial, por lo menos amigo, formándose una empresa, que en un principio se pensó sería privada, para que editara un nuevo periódico, y se escogió a Rogelio Fernández Güell, quien sería el dueño de una cuarta parte de su capital, su administrador y director. (75)

Así nació el diario "El Imparcial", cuyo primer número circuló el 1º de setiembre de 1915.

Un día antes Rogelio Fernández renunció de la Sub-Secretaría de Gobernación y de la Dirección de Correos, cargo que desempeñaba ad-honorem.

El periódico en este primer número se definió como una empresa particular, que no venía a halagar los oídos de los gobernantes con mentidas alabanzas, pero tampoco se sumaba al número de sus detractores que buscaban la popularidad en el escándalo o el reproche hiriente y venenoso.

Ya desde antes de entrar en circulación, "El Imparcial" había sido atacado por "La Información", que, bien enterada, le había puesto la etiqueta de diario oficial, y durante su corta existencia en más de una oportunidad se vio envuelto en agrias discusiones con su poderoso colega.

El periódico se perfilaba como un serio rival de "La Información". De gran formato, ocho páginas de siete columnas, tenía una sección diaria en inglés y escribían en él comentarios económicos de actualidad, "Averroes", el discutido General Rafael Villegas, hacía sus primeras armas don Joaquín Vargas Coto, el "Húsar Blanco"; "Gladius" era el seudónimo literario de don José Fabio Garnier, y el alma y motor era, naturalmente, el aguerrido periodista Rogelio Fernández Güell. Colaboraban también Carlos y Tomás Soley Güell (Eriel), Juan Kumpel (Villaverde) y Ramón Rojas Corrales.

En marzo de 1916, Rogelio dejó temporalmente la dirección de "El Imparcial", cuando fue nombrado por el Gobierno delegado a la Alta Conferencia de Legislación Uniforme que se verificó en Buenos Aires, Argentina, en abril, y Primer Secretario de la Delegación de Costa Rica en misión especial a Chile, el Brasil y la Argentina. Como jefe de la misión via-

jaba el Secretario de Estado, don Juan Rafael Arias, y don Manuel Aragón formaba parte del grupo.

A principios de julio Rogelio regresó, después de cuatro meses de ausencia, terminada su misión diplomática; pero al cumplirse el primer aniversario de la fundación del periódico, éste informa que Fernández Güell se encuentra en España con su familia.

No se sabe a ciencia cierta cuál es el fin de este último viaje que hace nuestro biografiado a la madre patria. Parece más bien un viaje familiar, aunque es extraño que Rogelio se ausente tan pronto de su regreso al país. Lo cierto es que serias diferencias con el Presidente González Flores lo alejan del periódico y del país.

Estos meses finales del año dieciséis, son críticos para el Gobierno. El Presidente se tambalea en su alto puesto. Sus coaligados, los duranistas lo han abandonado. A consecuencias de un importante negociado petrolero los diputados republicanos se han dividido. Unos siguen a don Máximo Fernández, que continúa siendo el jefe del partido y quien se enfrenta abiertamente al Presidente, y otros apoyan a don Alfredo. Ya no hay diputados republicanos, sino diputados fernandistas y gonzalistas, y un abismo los separa. ¿De qué lado está Fernández Güell? Por lo que dirá después se concluye que sigue siendo adicto a su admirado don Máximo y que está contra González Flores. Parece ser ésta la razón principal de su viaje a España. Quiere apartarse del Gobierno que está por caer.

Ya en España publica Fernández Güell, en Madrid, el que será su último libro: "Plus Ultra" o "La raza hispana ante el conflicto europeo", y nace en Barcelona su tercer hijo, Luis.

Plus Ultra es un voluminoso estudio, de 255 páginas, donde el autor define su posición ideológica ante el gran conflicto europeo que vive el mundo y que Fernández Güell lo concibe como un enfrentamiento de razas.

Contrario al sentimiento mayoritario nacional que está de parte de Francia y los Estados Unidos, Rogelio Fernández es pro-germano. Pero no se crea que su posición obedece a una actitud caprichosa, sino que es seria, documentada y respetable, aunque no se compartan sus opiniones. "Plus Ultra" es un erudito estudio de tipo histórico, donde su autor expone en una primera parte las causas de la guerra, remontándo-

se a la Europa anterior a 1870. La segunda parte la dedica a España ante el conflicto europeo, dirigiendo una mirada histórica a las rivalidades entre España y Francia y España e Inglaterra. La última parte versa sobre el antagonismo de las razas de América.

El propósito del escritor no es hacer campaña en pro o en contra de determinado bando, sino exponer las razones por las cuales España e Hispanoamérica deben desear el triunfo de Alemania y sus aliados, sin salirse de los límites de una estricta neutralidad.

El autor resiente las agresiones a la tierra de sus mayores y a la América Latina por parte de las tres grandes potencias de la época: Inglaterra, Francia y los Estados Unidos.

El tema de la obra puede ser que sesenta años después de escrita, no despierte mayor atención, pero si el lector se introduce en su lectura, encontrará aspectos históricos muy interesantes, elegantemente expuestos y escritos, que denotan una cultura realmente extraordinaria por parte de su autor, y páginas de una gran belleza lírica, que si el libro no tuviera ningún otro mérito, valdría sólo por la excelencia de su prosa.

El escritor fija, en el prólogo de la obra, su pensamiento, con estas palabras:

“Un imperioso deber me ha movido a escribir las siguientes páginas. Pacifista por temperamento y por filosofía, he visto con tristeza derrumbarse en un segundo el castillo de risueñas esperanzas que la fantasía de los pueblos edificó al reunirse el primer Congreso de La Haya. Bien sabía yo, sin embargo, que la paz no se puede fundar sobre bases de injusticia, y que sólo conviene a los dominadores, a quienes asegura la tranquila posesión de los bienes usurpados.

La guerra, por dolorosa que sea, es preferible a la paz basada en la sumisión y en el oprobio. . .

Amargo es confesarlo: mientras el idealismo de Hegel y de Spencer no hacía más que hinchar pompas de jabón, Inglaterra sujetaba con férrea mano a las Repúblicas boers, los Estados Unidos se apoderaban de Panamá, Francia extendía sus protectores africanos y el Japón ponía su bota militar sobre el cuello del dragón chino. . .

¿Es posible la paz mientras el fuerte coaccione al débil, mien-

tras Polonia gima esclava, Inglaterra retenga a Gibraltar, Adén, Jersey, Guarnesey, Chipre, Pretoria, La India y el Egipto, y conserve en su poder la llave de todos los mares; mientras los Estados Unidos atenten contra la soberanía de las Repúblicas centroamericanas y su águila hincó las garras de plata en los peñones de la isla de Santo Domingo, y desde allí avizore con ojos codiciosos las islas Galápagos y el golfo de Darién?

El hispano-americano que en vista de tales atentados y en espera de nuevos ultrajes aconseje la paz, el desarme y la protesta inerme como postrer recurso, olvidando que Alarico toca a las puertas de Roma, traiciona a su raza y vende a una patria cuyas fronteras espirituales se extienden más allá del Pirineo y del Bravo.

Esta obra en su esencia no es "germanófila" ni "aliadófila". El problema mundial no está observado desde el punto de vista alemán, francés, austriaco o ruso, si bien no dejo de reconocer la razón —relativa, como todas las cosas humanas— que asiste a Alemania en el presente conflicto, sino desde el punto de vista hispano-americano, que comprende la integridad y el desenvolvimiento de los países que un día formaron parte del dilatado imperio de Carlos I y Felipe II, y donde aún se habla la lengua de Cervantes. No es un gesto de combate, sino una voz de alerta. Mi deseo es ilustrar la opinión de mis compatriotas de los dos hemisferios: no halagarlos con sueños de conquista. La historia misma, fría y severa, nos dirá, con el examen de los hechos, hacia donde debemos orientar nuestra política en lo futuro. Al referirme a las agresiones injustificadas de que han sido objeto España y la América española por parte de Inglaterra, Francia y Estados Unidos, no es mi deseo sembrar en los corazones de españoles o indoespañoles el ansia del desquite, ni siquiera el anhelo de la decadencia y total ruina de aquellas naciones, que desempeñaron y desempeñan aún un importantísimo papel en la civilización, sino al noble y legítimo afán de recobrar íntegro nuestro patrimonio, la herencia completa de nuestraa mayores, que libraron a Europa del yugo de los árabes, descubrieron y colonizaron un mundo y plantaron la cruz del Redentor en las selvas de Nevada y Utah, en las riberas del Mississipi, en las márgenes del Plata y en el lejano cabo de Hornos". (76)

Pero el libro tiene otro detalle interesante: el prólogo de un español que se siente halagado por las tesis que expone el autor, y que abunda y se excede en términos tales como aliadófilos y germanófilos, aplicados a más de un sustantivo. No nos gustó. Lo encontramos detestable. Sólo la firma vale. Es la don Jacinto Benavente, y está fechado en Barcelona, el 31 de enero de 1917. Cuatro días antes el gobierno constitucional de Costa Rica había sido derrocado. El golpe de estado sorprendió a Fernández Güell muy lejos de su patria.

Reproduzcamos a continuación una de las más bellas páginas de este libro, donde se evidencia de nuevo la alta calidad del prosista que fue Fernández Güell:

GRANDEZA Y DECADENCIA DE ESPAÑA

“En Lepanto culminó el sol de España. Cuando se contempla a esta nación en toda su gloria, dominadora del mundo, señora de los mares y de las tierras, dueña a la vez del cetro y del tridente, parece imposible que haya podido llegar a tal grado de abatimiento y miseria. ¡Grande era España! Americanos y españoles podemos juntos celebrar tanta grandeza, porque entonces nuestra patria, que producía los héroes por millares y llenaba la historia con el estruendo de sus armas y la luz de su genio que se difundía por todo el planeta con el reflejo de las corazas y el esplendor de las lanzas y las espadas, era el inmenso imperio donde jamás el sol detenía su curso fatigado, pues dejaba las encantadas orillas del Darro y del Betis y las doradas torres de la Alhambra y del regio Alcázar, para lucir sobre el palacio de Cortés en México, ceñir con su abrazo de fuego el mar del Sur y alzar de nuevo la frente orlada de llamas sobre los vetustos imperios de Oriente, hasta donde se extendía el nombre y la influencia de España. Entonces, ¡oh, madre de naciones! ¿cuál de tus rivales osaba poner su enseña al

lado de la tuya, que cubría a cien pueblos? Sola tú comprendiste a Colón y le diste las alas de tus naves; tuya sola fué la gloria del descubrimiento, y aunque razas extrañas profanen tu nombre con lenguas de mentira, ¡oh madre Iberia! nadie podrá borrar estos hechos inmensos, que crecen con el tiempo como la sombra gigantesca de los pueblos en la historia: que los ojos de tus hijos fueron los primeros que vieron, entre las brumas matinales, surgir, como el seno de las aguas, la isla de San Salvador; que el grito de: "Tierra", que recorrió el velo del misterio que cubría la faz del mundo, fué proferido en tu lengua melodiosa por Rodrigo de Triana; que el primer europeo que vió el caudaloso Mississipi, el padre de los ríos, fué Hernando de Soto; que México, que entonces comprendía hasta el Utah y el Wyoming, fué conquistado por Hernán Cortés y sus valerosos compañeros; que Ponce de León rasgó la túnica de virginal barbarie que envolvía a la Florida; que el infortunado Solís, Sebastián Cabot y Diego García, vieron antes que cualesquiera otros europeos, alzarse el sol con lumbré de oro sobre el inmenso río de la Plata; que el Océano Pacífico fué descubierto por Vasco Núñez de Balboa, quien entró en la mar sin despojarse de la armadura, llevando en una mano el estandarte de Castilla y en la otra la espada desnuda, y tomó posesión solemne de aquella inmensidad en nombre de sus soberanos; que Vasco de Gama dobló el cabo de las Tormentas, que señoreaba el fabuloso Adamástor y llegó a la misteriosa tierra de Cambaya; que Francisco Pizarro emprendió con catorce hombres la conquista del Perú; que Pedro de Valdivia cruzó la cordillera andina y fundó a Santiago de Chile; que Sebastián del Cano, teniente de Magallanes, fué el primero que dió la vuelta al mundo; y que tú, sembrando los huesos de tus héroes, como Cadmo las piedras en la Grecia legendaria, diste origen en el continente que ofrendaste a la civilización, a más de veinte naciones que hablan la lengua de tu inmortal manchego y también la de tu otro predilecto, el ilustre Camoens. Cuando las ruinas de esta civilización se agrupan en amontonamientos melancólicos de columnas rotas, arcos destruidos y estatuas mutiladas, como la civilización antigua en la Acrópolis y en el Campo romano, una voz se alzaré del polvo y dirá a los hombres futuros: Los españoles y los portugueses, repitien-

do el periplo de Hannon, fueron los primeros que dieron la vuelta al Africa, desataron los misterios de la mar oceánica, penetraron en el país de las especias y en el del opio, subyugaron al poderoso Moctezuma y al gran Atahualpa; enseñaron el Evangelio a los incas, los aztecas, los persas, los indios y los chinos; recorrieron las selvas inmensas de América, del Oregón hasta La Patagonia; quebrantaron el poder del feroz Solimán y anegaron la media luna en las aguas de Lepanto. Entonces, un soldado, Garcilaso, escribía versos como Anacreonte y Petrarca; un fraile, de las Casas, refería la historia de la conquista y cruzaba diez y siete veces "la mar tenebrosa" para abogar ante los reyes por los infelices indios; otro soldado, Cervantes, componía la obra más regocijada y humana que se ha escrito en lengua alguna; un hidalguillo de Medellín, Sevilla, Valladolid o Burgos, llevaba en la guarnición de su espada la suerte de un imperio; fray Luis de León hacía al idioma castellano el don inestimable de sus odas; el divino Herrera entonaba con voz robusta el "Cantemos al Señor", rememorando el canto sublime de Moisés en el paso del mar Rojo; Lope de Vega partía la luz de su ingenio en cien rayos para iluminar la escena, la lírica, la elegía, la epopeya, la tribuna sagrada y aun el noble ejercicio de las armas; Ercilla vaciaba en el lejano Arauco en estrofas de bronce, las figuras heroicas de Valdivia, y de los Aquiles y Ayaces bárbaros, Caupolicán, Lautaro Rengo y Ormpello, una pléyade de bardos constelaba la Corte, añadiendo a la gloria militar el esplendor de las letras; humildes frailes, como Mariana, narraban la historia de España, que era la historia del mundo; los héroes de la religión y de la patria escribían en las selvas de América, con la cruz los unos y los otros con la espada, el poema gigantesco de la conquista, luchando contra los reyes poderosos y tribus bárbaras, contra las inclemencias del clima, ora ardoroso en las riberas del Amazonas y del Orinoco, ora glacial en la cumbre de los Andes bolivianos y chilenos, y contra los naturales obstáculos que les ofrecían una vegetación espesa de árboles corpulentos que mecían su copa en las nubes y sombrean la tierra con su enorme ramaje entremezclado de plantas trepadoras y parásitas, ríos caudalosos nunca surcados por europeos, y cordilleras altísimas cubiertas de nieve, en un territorio cuatro veces mayor que el

de Europa; afluían a Salamanca los hombres más eruditos del mundo; poetas, filósofos, historiadores, artistas, arquitectos, médicos, legistas, etc., hacían resonar por doquiera el nombre de España; repetíalo con admiración el pueblo cristiano, escuchábanlo con temor el árabe y el turco; respetábanlo el franco, el anglo y el teutón; príncipes, almirantes y capitanes famosos como Gonzalo de Córdoba, el duque de Alba, don Juan de Austria, Alejandro de Farnesio, el marqués de Santa Cruz, don Alvaro de Bazán, Doria y Manuel Filiberto, dirigían sus ejércitos y sus armadas; y en la boca del Tajo, en el puerto de Barcelona, en las bahías de Cádiz y de Vigo y en la desembocadura del Guadalquivir, se veían centenares de barcos en el afán constante del comercio, mientras enjambres humanos trabajaban el oro, la seda, las piedras preciosas, los palos más finos, cordobanes magníficos, alfombras, damascos y tapices, yelmos, rodelas, mosquetes, bracamantes, alfanjes, cañones y toda clase de armas de finísimo acero, objetos de la más delicada orfebrería y otros mil artículos de que entonces Europa era tributaria de España. Era tanta la grandeza de esta nación, que al contemplarla en la historia nos produce la ilusión de la armadura de un gigante, por fuera desmesurada y espantable, por dentro llena de telarañas y polvo. Pero, no obstante, su contemplación halaga y conforta, porque el amante de las glorias pretéritas comprende que esa armadura la llevó un día un titán; que un corazón heroico latió dentro de ese hierro oxidado, y que de nuevo puede ponerse en marcha el espíritu sublime de la raza, animando el polvo de los Cides, Wifredos, Pinzones, Corteses y Pizarros”.

¿Por qué se olvidaron las obras de Rogelio Fernández? Una razón es que la mayoría fueron editadas en el extranjero y circularon poco en el país. Este es el caso de dos de sus obras mayores: “Psiquis sin Velo” y “Plus Ultra”, y también de “Lux et Umbra”. Otras, que no trató temas nacionales, con excepción de algunas pocas poesías, y más bien sus temas de filosofía esotérica, como “La Clave del Génesis”, “Lux et Umbra” y “Psiquis sin Velo”, estaban destinadas a una élite y